

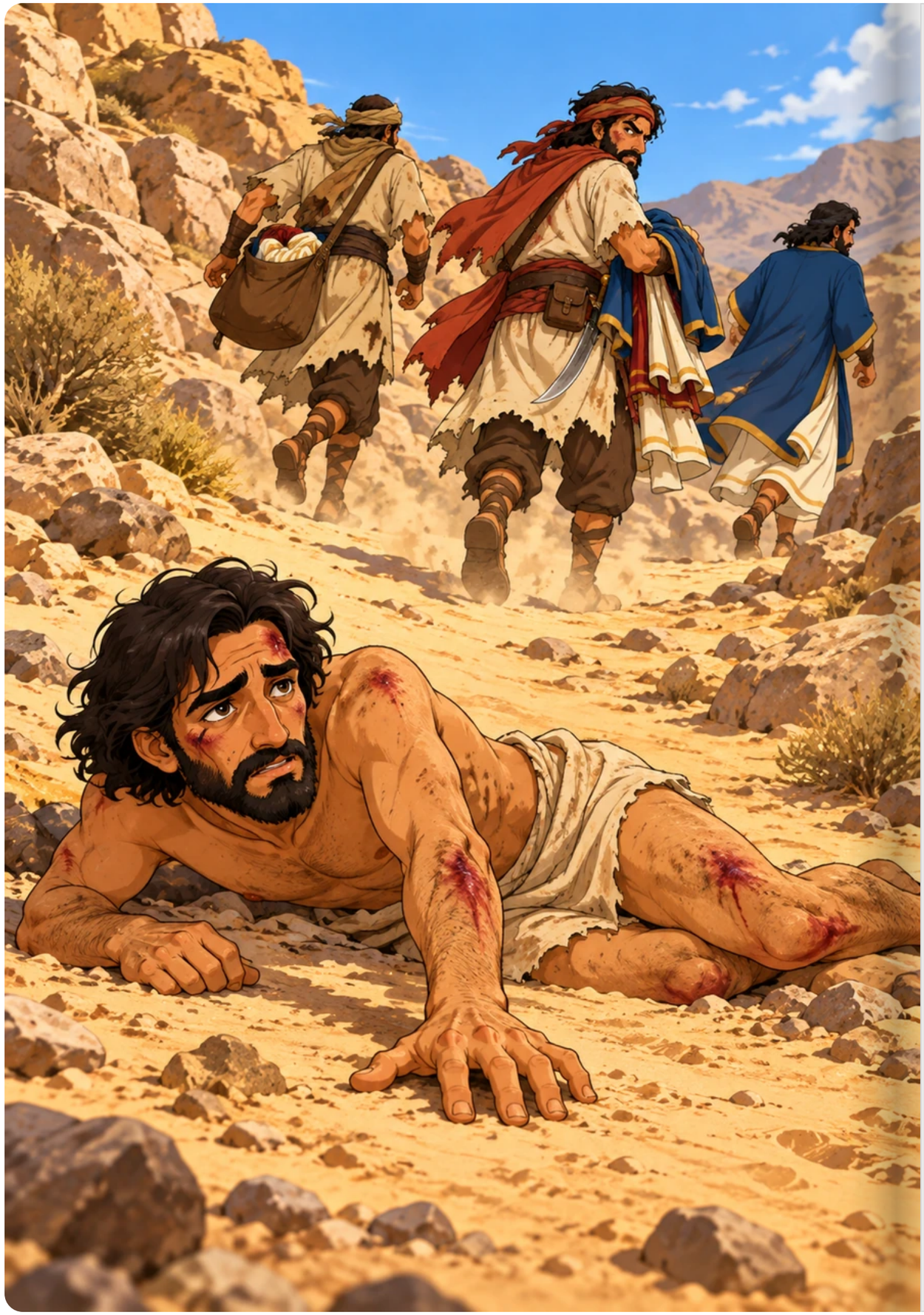
El Camino de la Compasión

Cristian Michael Ríos Quiroz





Un viajero solitario camina por el polvoriento y sinuoso sendero que desciende desde las altas murallas de Jerusalén hacia la soleada y lejana ciudad de Jericó. El paisaje árido y montañoso se extiende bajo un cielo despejado, mientras el calor del mediodía envuelve el antiguo camino de Oriente Medio.



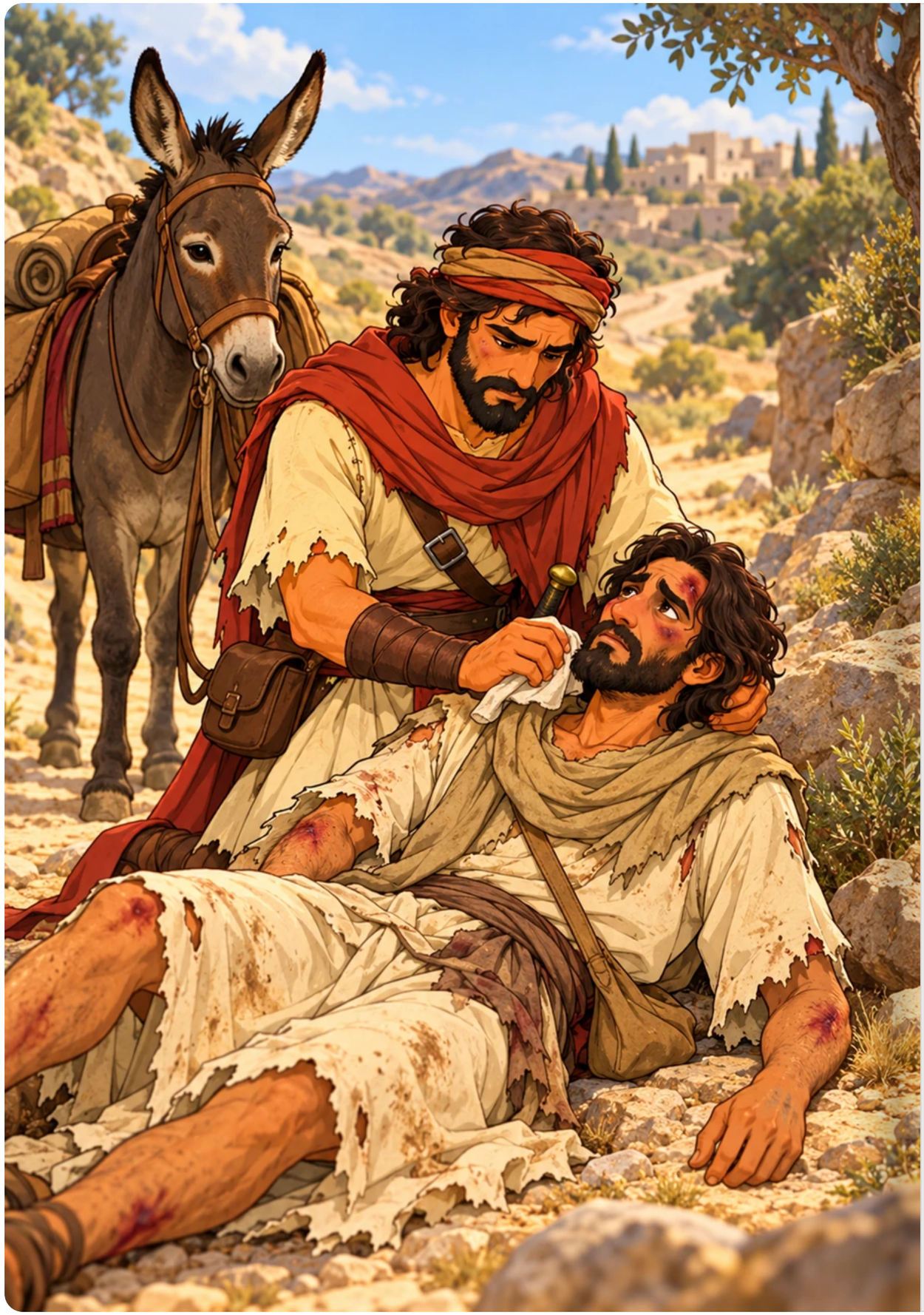
De repente, un grupo de bandidos surge de entre las rocas del camino, sorprendiendo al viajero indefenso y robándole todas sus pertenencias. Tras un forcejeo violento, el hombre queda gravemente herido y despojado de sus ropas, tendido sobre la arena caliente.



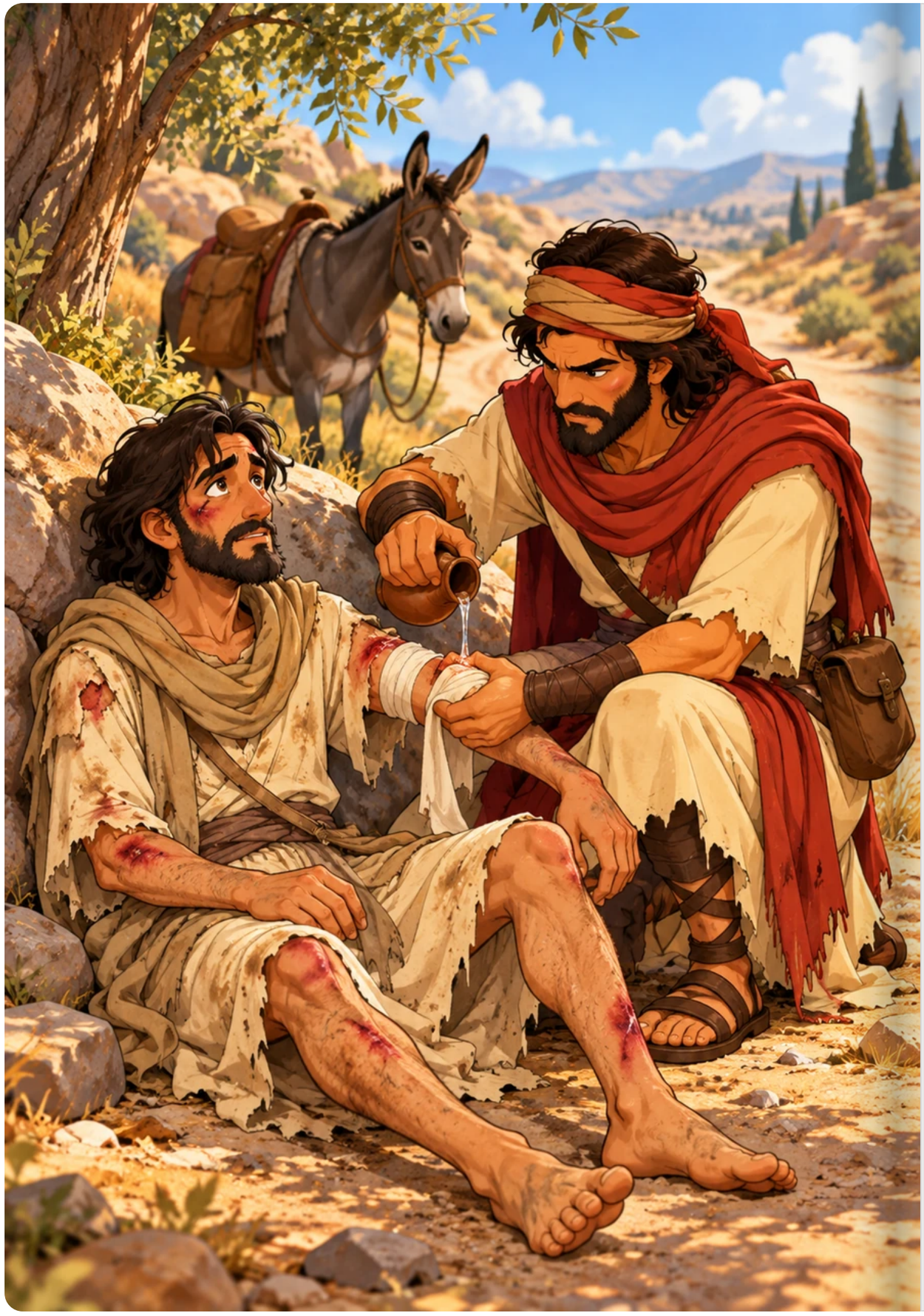
Poco después, un sacerdote religioso avanza por el mismo camino con paso firme, vistiendo túnicas impecables. Al ver al hombre herido tirado en el suelo, aparta la mirada y cruza apresuradamente hacia el otro lado del sendero para evitar detenerse.



Minutos más tarde, un levita pasa por el lugar del asalto y se detiene un instante a observar la dolorosa escena. Sin embargo, dominado por el miedo o la indiferencia, decide continuar su camino sin ofrecer ninguna clase de ayuda al desafortunado viajero.



Finalmente, un samaritano que viaja a lomos de su montura se acerca despacio por el polvoriento sendero. Al contemplar al hombre herido, su rostro refleja una profunda compasión y decide detenerse de inmediato para socorrerlo.



El bondadoso samaritano se arrodilla con delicadeza junto al herido, limpiando y curando sus dolorosas heridas con aceite y vino. Con gestos llenos de ternura, venda cuidadosamente cada golpe antes de ayudarle a incorporarse con paciencia.



Con un esfuerzo generoso, el samaritano sube al hombre herido a su propia montura, sosteniéndolo firmemente mientras avanzan paso a paso. Ambos abandonan el peligroso desfiladero en busca de un lugar seguro donde puedan brindarle los cuidados necesarios.



Llegan a un modesto mesón a la orilla del camino, donde el samaritano solicita una habitación tranquila para su compañero de viaje. El generoso viajero se compromete personalmente a pagar todos los gastos necesarios para asegurar su completa recuperación.



Al día siguiente, antes de reanudar su viaje, el samaritano entrega unas monedas de plata al posadero y le pide que cuide bien del hombre herido, prometiendo regresar pronto para cubrir cualquier gasto adicional que pudiera surgir.



La escena final muestra el paisaje bañado por la cálida luz del atardecer, simbolizando la luz eterna de la bondad humana y la generosidad desinteresada. Esta inolvidable parábola resuena a través de los tiempos, invitando a todos a ser buenos prójimos.